

LA MUERTE EN EL TEJADO

23

THEODORA DU BOIS



COLECCION

Rastros

La trama transcurre en una lujosa residencia para convalecientes donde ha ido a alojarse Ana McNeill con su hermano, estudiante universitario, «Bud», un expaciente de tuberculosis que ha sufrido las secuelas del sarampión. El hijo de Anne, Michael, se ha quedado en casa, bajo el cuidado de una niñera. Tras ocurrir una serie de muertes sospechosas en la residencia, el marido de Anne, el doctor Jeffrey McNeill comienza a investigar lo que le permite descubrir un interesante método de asesinato médico, pero entonces tiene que irse, dejando a Anne la tarea de desvelar el misterio.

LA MUERTE EN EL TEJADO

Theodora Du Bois

CAPÍTULO I

Me desperté sobresaltada, sintiendo una alarma que no estaba en absoluto justificada por los placenteros sueños en que estaba sumida. Debido a las conversaciones que sostuviera durante la cena, estaba soñando con una pileta de natación, a cuyo borde tomaba yo un hermoso baño de sol. Ahora, algún ruido extraño me despertó de súbito, causándome un terror inexplicable. La primera idea que se me ocurrió, por supuesto, fue que algo le pasaba a Michael, mi hijito. Luego recordé que Michael estaba en casa, a unas cincuenta millas de distancia, al cuidado de una experta niñera y de Jeffrey, mi esposo. Estaba yo alojada en la hostería para convalecientes, perteneciente al doctor Burch. Había venido para hacer compañía a mi hermano menor, y el ruido que me despertó no podía provenir de su habitación, la que estaba separada de la mía por un cuarto de baño.

Permanecí despierta escuchando. Las dimensiones del cuarto me eran poco familiares; el contorno apenas visible del mobiliario parecía extraño y poco acogedor. Esta alta habitación estaba completamente a oscuras y yo dormía en una cama demasiado grande en un extremo del cuarto, y que producía la impresión de estar sumergida en un charco, cuyas aguas estuvieran compuestas por ondas de temor.

Traté de dormirme nuevamente; pero mi cerebro insistió en formular preguntas respecto al ruido que me había despertado. Si hubiera sido invierno en lugar de fines de mayo, hubiese creído que se trataba de un poco de nieve desli-

zándose sobre la mansarda del edificio. La hostería para convalecientes del doctor Burch era un edificio de ladrillos rojos construido a fines de 1870. Es un tipo de casa que no me agrada en absoluto; pero no debe eso prejuiciarnos para nada. La noche anterior, cuando Bud y yo llegamos a la hostería para convalecientes, había yo tratado de tranquilizar sus protestas, diciéndole:

—Jeffrey suele mandar a menudo a sus pacientes aquí después de las operaciones e invariablemente aumentan de peso y, con el tiempo, llegan a gustar de este sitio.

Mi hermano me respondió con un gruñido y trató de levantar las maletas, que le resultaron demasiado pesadas para su estado de salud.

—Me parece que por primera vez en su vida, Jeffrey ha cometido un error. Esta casa tiene un aspecto tan alegre como el de un cementerio.

Eso había sucedido la noche anterior. Ahora me dije: «No puede haber sido la nieve al deslizarse por el techo. Ha sido todo provocado por mi imaginación».

Y me arrojé bien, tratando de borrar de mi cerebro todas las aprensiones; mas no podía negar la existencia de los sonidos que me llamaran la atención. Además, recordaba también lo ocurrido más temprano, cuando, ya acostada, oí desde mi habitación varios fragmentos de una agría discusión que parecía provenir del cierre de la calefacción que estaba comunicado con el piso inferior. Cerré la entrada de aire caliente con toda precaución y rapidez; pero no pude evitar el captar el tenor airado en que se discutía en la habitación del piso inferior al mío. Más tarde, después de que Bud se acostara y yo hubiera apagado la luz de mi cuarto, un hombre y una mujer se habían detenido frente a mi puerta y conversaron durante largo rato. Yo había oído sus quedas voces manteniendo una animada conversación, y luego me pareció que la mujer se alejaba. Oí el ruido de pasos por el *hall*. Entonces no estaba segura si se había retirado o si otra mujer estaba hablando con el hombre. Aun

a través de la puerta cerrada había notado una extraña atmósfera de antagonismo que parecía provenir del *hall*. Oí luego ruido de pasos; muy lejos alguien ascendía una escalera y cerraba una puerta con violencia. Eso me llamó la atención, pues yo ocupaba un cuarto en el tercer piso de la casa. «Puertas que se cierran en el cielo» fue la tonta idea que se me ocurrió en ese momento, y estaba por dormirme ya, cuando oí que la puerta se cerraba nuevamente y recordé que la casa tenía un mirador. El viento agitaba las ramas del pino que estaba frente a mi ventana.

«Debe ser mucho más de la una, —pensé irritada—. Bud tenía razón; Jeffrey ha cometido un error esta vez al enviarnos aquí».

Bud, mi hermano menor, estudiante del primer año en nuestra universidad, había enfermado de sarampión. Sufrió un ataque muy agudo y, debido a que hacía poco tiempo que se había curado de una afección a los pulmones, Jeffrey consideraba que mi hermano debía cuidarse mucho todavía, lo que no resulta fácil para un jovencuelo que gusta de los deportes invernales y además permanece despierto durante la mitad de las noches escribiendo obras de teatro las que, de acuerdo con su propia opinión, obtendrían un triunfo resonante en los teatros de Broadway. El sarampión le resultaba humillante y, por lo tanto, deseaba no darle ninguna importancia y retornar a sus clases en cuanto finalizara la cuarentena. Estaba enojado y gruñón, y se hubiera rebelado contra las órdenes de mi esposo, si este no le hubiera dicho que yo también necesitaba descanso y que le haría compañía.

En esta primera noche de nuestro «descanso», ya no podía dormir. Ruidos extraños me habían despertado. Me parecía sentir que una atmósfera inquietante rodeaba a toda la casa. La había notado durante la cena y cuando se reunieron los huéspedes para jugar *bridge*. Los pensionistas eran, por supuesto, gente culta en su mayoría; pero las relaciones entre uno y otro parecían algo tirantes, debido

quizá al hecho de que ninguno de ellos estaba perfectamente bien de salud.

Había un hombre rechoncho, muy buen mozo, que habló con mucho entusiasmo respecto a las civilizaciones azteca y maya, y cuya nariz y cabello negro parecían ser herencia directa de algún antecesor de una de esas dos razas. Estuvo sentado a la mesa con un muchachito inglés y dos mujeres muy atractivas; una, la señora de Murray, de la sociedad de Nueva York, y la otra, su hija Jill, una jovencita encantadora. El doctor Burch nos había contado que la joven había ganado varios campeonatos de deportes invernales. Durante toda la cena me pareció que ella y el joven Mayo estuvieran discutiendo y que la madre tratara de apaciguar a ambos. Esa fue la mesa más interesante de todas.

También me resultó interesante el joven que estaba sentado en la mesa del doctor Burch. Era un hombre de cabellos rojos, de alta estatura y muy delgado. Daba la impresión de ser muy sensitivo y un poco cínico. Comía con rapidez y hablaba muy poco. Se me ocurrió que si hubiera hablado, lo hubiese hecho brevemente y con sinceridad y humorismo. Una fea cicatriz le desfiguraba el lado izquierdo del rostro.

En esa misma mesa había un anciano hirsuto y desagradable, que tenía espesas cejas. Le servían platos especiales. Durante toda la cena estuvo hablando mal con respecto a la Comisión para Asegurar el Intercambio. El doctor no hacía más que comentar la posible construcción de una pileta de natación.

Junto a una mesa ubicada en un rincón del comedor se hallaba una mujer delgada y de aspecto nervioso, profusamente adornada con diamantes y de cabellos teñidos de rojo. Fumaba entre plato y plato, y observaba furtivamente todos los movimientos del joven Mayo. Este era demasiado pagado de sí mismo para que me pareciera atractivo en absoluto.

En otro rincón se veía una mesa ocupada por dos viudas o solteronas, que comían pan negro y discutían sobre regímenes alimenticios. Inmediatamente se daba uno cuenta que se trataba de un par de neuróticas.

No, no me gustaba esa casa; desconfiaba de todos sus ocupantes y deseaba no haber venido. Dificultades de alguna especie parecían estar preparándose entre toda esa gente, y los conflictos emocionales son cosas que siempre trato de evitar.

Permanecía en mi cama observando las ventanas de mi habitación. Una de ellas estaba cerrada; por la otra se veían las sombras de la noche, interrumpidas por la otra más oscura producida por las ramas del pino que estaba al pie de la casa. Jeffrey no nos hubiera hecho venir aquí si se hubiera dado cuenta de cuán raro era ese sitio. El doctor Burch había sido profesor de medicina en nuestra escuela diez años antes. Se había retirado para hacer lo que soñara toda su vida: establecer esta hostería para convalecientes en la antigua casa de su familia, situada en Torreyville, Connecticut. Durante todos los años de su docencia había planeado todos los detalles de su empresa. En los comienzos, la hostería fue el establecimiento preferido por la sociedad de New England; pero ahora se me ocurrió que había perdido mucho prestigio.

Desde el piso bajo llegaron a mis oídos las campanadas de un reloj que daba las dos. En el pasaje que corría frente a mi puerta, oí, o creí oír, el sonido débil de pisadas.

«La luna debe estar por salir de entre las nubes —pensé —... ¿Qué es lo que pasa con mi ventana?». Me senté en la cama y miré hacia la ventana con fijeza. En el exterior, pendiente frente a la parte superior de la misma, pendía algo parecido a un pedazo de paño, que se movía a impulsos del viento. Al principio no lo había notado; pero ahora vi que era algo que no pertenecía en absoluto al pino. Me levanté de un salto para investigar. Al apoyarme en el alféizar de la ventana, el viento frío de la noche me produjo un es-

tremecimiento. Observé que había un trozo de género, posiblemente parte de una prenda de vestir, que se movía por sobre mi cabeza.

Había una canaleta de desagüe, algo ancha, y a unos pies hacia la izquierda de mi ventana vi que el borde de la canaleta estaba torcido hacia afuera y hacia abajo. Antes de la cena, cuando nos mostraron nuestras habitaciones y la camarera abrió la ventana, había notado yo que la canaleta era vieja y se hallaba herrumbrada, pero en perfectas condiciones. Estaba completamente segura de ello.

«Quisiera que Jeffrey estuviese aquí», pensé, y me sentí algo inquieta. Antes de la cena la canaleta se hallaba en perfecto estado. Apreté los dientes, me acerqué a la cama, y me puse una bata abrigada y un par de pantuflas. Nuevamente me acerqué a la ventana y me asomé al exterior para mirar hacia abajo. Alrededor de la casa había macizos de tulipanes, lo que observé cuando llegamos la noche anterior. Los tulipanes eran solo una mancha oscura en el suelo; pero ahora se observaba una sombra más oscura aun entre ellos. Mis dientes castañeteaban ahora, y sentí deseos de que Jeffrey estuviera a mi lado.

Pasé por el cuarto de baño y golpeé con los nudillos a la puerta de Bud. Este no me contestó. Por un momento me sentí más atemorizada que nunca; pero no era posible que fuera mi hermano esa mancha en el suelo. Allí estaba, en su cama, dormido, respirando suavemente, con la cabeza hacia un lado sobre la almohada.

—Bud —le dije quedamente. Pero no me contestó y decidí no molestarle, pues aún no estaba lo suficientemente fuerte como para andar levantado durante la noche.

En realidad, hubiera sido una tontería despertar a nadie hasta no estar completamente segura de lo que había debajo de mi ventana. Salí de puntillas hacia el *hall* y me dirigí apresuradamente hacia la escalera. Los escalones crujían y protestaban ruidosamente. A cada momento me parecía que aparecerían cabezas para observar mi paso.

La puerta de entrada estaba entreabierta. Eso me extrañó. Alguien debía haber olvidado cerrarla. Era una puerta muy pesada, y no la cerré al salir.

Bajé apresuradamente los escalones y corrí hacia la parte izquierda de la casa. Debí haber llevado una linterna. Me abrí paso por entre unos macizos de lilas, mientras me decía para mis adentros:

—Espero que sea todo producto de mi imaginación.

CAPÍTULO II

Pero no era producto de mi imaginación. Ni siquiera me había imaginado lo que vería allí. Una joven estaba arrodillada al lado del cuerpo de un hombre.

—Creo que está muerto —susurró la joven. Era Jill Murray.

Me arrodillé a su lado en el macizo de tulipanes para apoyar mi mano sobre el corazón del caído. Me resultó muy dificultoso darle vuelta, pues era muy pesado y parecía decidido a mantener la frente enterrada en la tierra. Los tulipanes estaban torcidos y rotos a su alrededor. Pronto me convencí de que el hombre estaba muerto.

—Está muerto, sin lugar a dudas —susurré. Y me puse en pie.

A lo lejos se oyó el silbato de un tren. La joven se incorporó conmigo, y con la muñeca se echó hacia atrás los cabellos. Solo vestía un pijama y una salida de baño.

—Le oí caer —me dijo— y bajé de inmediato... Creo que logré salir de mi cuarto sin despertar a mamá.

Era ella la joven cuya voz oyera yo por la abertura de la calefacción antes de la cena; y el hombre con quien estuviera ella riñendo yacía, ahora, muerto. Era el que hablara con tanto entusiasmo respecto a las culturas azteca y maya durante la cena de la noche anterior. Ahora la joven miró hacia el macizo de tulipanes.

—Mire usted, señora McNeill —me dijo en voz muy baja mientras jugueteaba con el cinturón de su bata de baño—,

estoy en una dificultad terrible. ¿Qué haremos con respecto a esto?

Hablaba con la dicción propia de los egresados de la Escuela Briarley, de Nueva York.

—Decírselo de inmediato al doctor Burch y llamar luego al médico forense.

—¡El médico forense! —exclamó, consternada—. ¿No pertenece a la policía?

—Por supuesto que tiene que ver con las leyes.

—Pero ¿por qué motivos debemos llamar a la policía?... Alex se cayó desde el tejado.

—Siempre hay que llamar al médico forense en caso de muerte súbita. Debemos entrar y comunicarle la noticia al doctor Burch.

Ella me tomó del brazo y dijo:

—Espere un minuto.

Aun a pesar de la manga de mi bata, pude notar la frialdad de su mano. Yo también sentía frío y deseaba ponerme al amparo del viento helado, de la oscuridad, y huir del espectáculo que tenía ante los ojos.

—Si llama usted al médico forense —dijo la joven con voz nerviosa—, se efectuará una investigación: querrán saber quién le vio vivo por última vez, y si alguien subió con él al tejado, y si había reñido con alguno. Y yo había reñido con él. Usted lo sabe, señora McNeill. Yo oí cómo cerraba usted la entrada de calefacción de su cuarto.

—Y, bien, ¿qué hay con eso? —le respondí—. Una discusión no significa culpabilidad ninguna.

Estábamos cuchicheando las dos, y yo me sentía impaciente por entrar y narrar lo ocurrido al doctor Burch.

—Para usted no; pero la policía siempre para las orejas cuando se entera de algo así, y empieza a sospechar que ha ocurrido un crimen. Eso es lo que a ellos les gusta, y si se enteran de que usted me encontró aquí... No deben saberlo, señora McNeill, porque eso destrozaría el corazón a mamá. Es este un lío fenomenal y no quiero que mamá se

entere que yo tengo nada que ver con esto. Se dará usted cuenta de que a nadie le gusta causar disgustos a su madre.

La joven estaba atemorizada, y eso me pareció curioso y conmovedor.

—Debemos avisar al doctor Burch —dije, y me alejé un paso.

—Por favor, espere un minuto. —Se asió a mi manga y yo me detuve—. Supongo que se sentirá usted escandalizada... Alex está muerto... No le hará ningún daño si...

—¿Si qué?

—Allí tenemos el bosque, al otro lado del camino, y en el bosque hay un estanque. —Su voz apenas se oía y daba la impresión de estar avergonzada por lo que estaba insinuando—. Queda solo a pocos pasos de aquí; además, mi primito Bobby estuvo jugando con un carro de juguete ayer. Creo que el carro es lo suficientemente grande como para...

Yo me sentí escandalizada, y se lo dije:

—Querida niña, está usted loca —le respondí—. ¿Quiere que nos pongan a todos presos? ¿De qué tiene usted miedo? ¿Estaba usted en el tejado con este hombre?

Esa era una idea horrible. Quizá ella había estado arriba con el muerto. Quizá era posible que ella misma le hubiera empujado.

La joven me aseguró, apresuradamente, que no había estado en el tejado. Pero me hubiera gustado que no insistiera tanto, diciendo:

—Está muerto, pronto lo encontrarán. Nada podemos hacer por él.

—No sé exactamente lo que sugiere usted —le respondí con aspereza—; pero ninguna persona decente oculta un cadáver, ni se aleja del sitio donde lo encuentra, para irse tranquilamente a la cama.

Eso la ofendió, y me dijo:

—A veces una persona decente se ve obligada por las circunstancias a obrar como un sinvergüenza..., para proteger a otra persona.

—¿A quién está usted protegiendo? —le pregunté.

—A mi madre.

—¿Quiere usted decir que fue ella la que empujó a este hombre desde el tejado?

La conversación estaba tomando un derrotero extraordinario.

Jill se aferró a mi brazo con mayor fuerza y en su voz se notó la incoherencia producida por el temor.

—Usted no conoce muy bien a mi madre —me dijo—. No se imaginará que la presidenta de un club de jardines pueda estar en el tejado con un hombre, a las tres de la mañana; ni se imaginará que es capaz de empujar a nadie causándole la muerte... Mi madre es encantadora, y yo no voy a matarla...

—¡Mi querida niña! Espero que no...

—No, lo que quiero decir es que causaría su muerte si ella se enterara de que yo estoy complicada en algo con Alex Walshied. Sería un asesinato psicológico...

—Está usted exagerando —la interrumpí—. No tengo más remedio que entrar en la casa y decir al doctor Burch...

—Maldita sea —exclamó—. ¿No ve usted que no me preocupa nada mi parte del asunto? Lo que me pase a mí no tiene ninguna importancia..., pero si mi madre se entera de que yo tengo algo que ver con Alex Walshied, eso la mataría. ¿Quiere usted matar a mi madre?

Los dientes de la joven castañeteaban. El viento le despeinaba el cabello, y las sombras la hacían parecer más desesperada y hermosa de lo que realmente era. Ciertamente que yo no quería ser responsable de la muerte de su madre.

—Mire —le dije—, entre en la casa y tómese unas tabletas de luminal. Quiero examinar el cadáver otra vez. Le daré a usted unos minutos de ventaja y luego debo comuni-

car el hecho al doctor Burch sin más demora. Trataré de no complicarla a usted.

—Es usted un ángel —me dijo—, y, por favor, antes de llamar al doctor Burch, le agradeceré que telefonee a su esposo y le pida que venga aquí de inmediato. Es necesario, señora McNeill. Quiero contratar a usted y a su esposo para que protejan mis intereses.

—¿Quiere entrar en la casa? —le respondí, algo exasperada, y me di cuenta cuán ilógicamente me estaba portando al dejarme seducir por la joven, cuando ella se conducía de una forma tan poco razonable.

—No me moveré de aquí a menos que me prometa usted telefonar a su esposo —me dijo.

—Muy bien... Muy bien, le llamaré —respondí—; pero váyase de aquí inmediatamente.

Cuando desapareció por entre los macizos de lilas, la oí exclamar:

—¡Es usted un ángel!

Volví al sitio donde estaba el cadáver y me arrodillé a su lado. No había duda alguna de que estaba bien muerto.

Quizá la madre de la joven estuvo en el tejado con este hombre.

Sería para mí un consuelo llamar a Jeffrey y pedirle su opinión con respecto a este asunto.

Cuando terminé de decidirme a llamarle estaba ya subiendo los escalones de entrada. Al llegar a la puerta comprobé descorazonada que estaba cerrada. Hice girar el picaporte y lo hallé asegurado. Jill Murray lo debió haber cerrado sin darse cuenta de que me dejaba afuera.

¡Tal vez se hubiera dado cuenta!

Mas yo tenía que entrar en la casa, y debía hacerlo rápidamente. No tenía otro remedio. Oprimí el timbre y me extrañó no oír el sonido de la campanilla. Lo oprimí de nuevo, con más persistencia. Nada sucedió. Había un ventanillo de vidrios plomados en la parte superior de la puerta, y, a través de la cortinilla interior se podía ver vagamente el *hall*,